

Martes 27 de diciembre de 2011 | Publicado en edición impresa

## Soirée Musical

Joyas de la música vocal e instrumental del siglo XVII en versiones de jerarquía

Por **Juan Carlos Montero** | LA NACION



Víctor Torres, Mariana Rewerski, Juan Manuel Quintana y Dolores Costoyas, en el Sofitel. Foto: Christophe Apatie

**Soirée musical:** Recital vocal e instrumental con obras del Siglo XVII italiano / **Solistas:** Mariana Rewerski (mezzo), Víctor Torres (barítono), Dolores Costoyas (laúd) y Juan Manuel Quintana (viola da gamba) / **Sala:** Hotel Sofitel / **Organiza:** La Bella Música

**Nuestra opinión: excelente**

La propuesta de escuchar páginas vocales e instrumentales del siglo XVII ya de por sí provocaba interés, porque no se recuerda que algunas de ellas pudieran haber sido ofrecidas en el carácter de una primera audición en Buenos Aires. A esto se sumaron el prestigio internacional de los intérpretes y la intimidad que se genera entre el público y la música cuando el sonido se recibe de modo directo, sin mayor influencia de distancias o de materiales decorativos que pudieran estimular algún tipo de distorsión.

Por otra parte, la posibilidad de escuchar páginas del siglo XVII a partir de un dúo de Luigi de Rossi, célebre cantante italiano, asimismo conocido con el nombre de Aloysius Rubens -y quien estuviera al servicio del cardenal Mazarino en París- era de gran interés, porque muchas de las obras del programa bien pudieron haber sido objeto de una primera audición pública. Y en este dúo las voces de Mariana Rewerski y de Víctor Torres perfectamente ensambladas con el laúd de Dolores Costoyas y la viola da gamba de Juan Manuel Quintana, provocaron en un instante un clima sutil y etéreo, tan mágico como sorprendente.

Este calor se fue repitiendo con las obras del romano Giulio Caccini, también llamado Julio Romano, uno de los primeros que aplicaron el recitativo y el aria en el naciente género de la ópera, con Víctor Torres y los músicos ofreciendo una lección de mesura expresiva. Y luego Rewerski abordó una página de Bárbara Strozzi, aquella mujer de noble estirpe que figura entre la selecta lista de damas compositoras de la historia de la música académica, con madrigales, arietas, cantatas y una larga serie de páginas sacras a una voz.

Y de pronto, Girolamo Frescobaldi con un dúo que eleva la creación de la época a un plano aún más cautivante y - con una explicación sobre la tiorba- se escucha una sonatina para viola da gamba de Agustinus Kertzing que permite el lucimiento de Juan Manuel Quintana, un brillante ejecutante de viola da gamba e irrefutable motor generador de intérpretes sabios dedicados a la especialidad de la música del pasado: ¡qué sabiduría y ausencia de divismo! ¡Qué ejemplo de pasión y entrega sólo por la música!

Por fin llegó uno de los más trascendentales de la historia de la música de Occidente, el más novedoso, el más personal e inspirado, Claudio Monteverdi con *La Lettera amorosa...* que Torres dijo con emotividad, variables expresivas según el significado de las palabras, ideas musicales que abrieron nuevos cauces para todos los géneros y especialidades... ¡Qué dolor profundo causa saber lo mucho que se destruyó del corpus completo de su aporte a la música!

Acaso por eso, después de obras de Girolamo Kapsberger (1580-1651), Sigismondo Dindia (1582-1629), Darío Castello (1590-1630), Benedetto Ferrari (1603-1681) y Braccio Marini (1594-1663), la propuesta finalizó con otro

Monteverdi antológico, nada menos que de la ópera *L'incoronazione di Poppea*, que el Teatro Colón de Buenos Aires dio a conocer en 1938 con la batuta de Tullio Serafin y exhumó en 1965 con Bruno Bartoletti en el podio, y en 1996 con la batuta de René Jacobs, además de haber programado *Favola d'Orfeo* en 1937, 1978 y 2001. Valioso sin duda, pero insuficiente dado el aporte que hizo a la evolución de la música el genio inconmensurable del autor. Y a pesar de que los intérpretes habían ofrecido el recital sin intervalo, detalle imprescindible para un repertorio de tamaña exigencia espiritual, fueron gentiles frente al sostenido aplauso y agregaron un madrigal de Frescobaldi. Pero ya el hechizo había concluido. Sin embargo, instantes después, cantantes e instrumentistas, felices de tanta aceptación, compartieron lo que quedaba de la noche y de los secretos de la fascinante y única Buenos Aires.

Copyright 2011 SA LA NACION | Todos los derechos reservados